

Largo y flacucho, viviendo la prórroga de su existencia, Juan David García Bacca, se niega hablar de corrupción y de política, y casi le irrita la idea de ser entrevistados sobre el tema. Hemos revisado el archivo: en ninguna de las entrevistas ni trabajos periodísticos de opinión, mencionan al filósofo tocando un asunto que el sistema democrático ha institucionalizado, al punto que los más altos dirigentes políticos aspirantes a timonear el próximo gobierno se tratan con irrespeto, agresividad, violencia, sarcasmo, se acusan mutuamente de corruptos y hasta se producen ofensas de tipo sexual. .. Hay angustia, temor, incertidumbre ante la práctica de una actitud aberrante, que, por mucho que hablen otros de su origen, la inquietud no se detiene entre los seres humanos de «este país», rebelde a la alineación y a la complicidad.

¡García Bacca es la oportunidad para pensar un poco!

Hace unos días, la Asociación de profesores de la Universidad Simón Bolívar le otorgó por unanimidad el premio que lleva el nombre de esa institución. El jurado juzgó la obra del filósofo, sobre la cual había 11 artículos de El Nacional: Ludovico Silva, Federico Riu, Alejandro Masser, José Antonio Rial, Mary Ferrero, Juan Nuño. Algunos filósofos cuyas lecciones tomaron de García Bacca, y otros han recogido sus declaraciones para referirlas en las páginas de los diarios. Cuentan la historia de la filosofía en Venezuela, de su trabajo

pionero de lógica y matemática en castellano, de la traducción que hizo del griego al castellano de las obras de Platón, en fin, es para consumir toda una vida, y de cuando en vez, pedir prórroga, porsiacaso, y contar con mayor tiempo para pensar con García Bacca.

Ya no vive en Venezuela. Hace muchos años decidió irse a Ecuador en donde están los familiares de su esposa. También dedica meses a España a donde pudo volver, al restaurase en su país de origen la democracia. Así es como García Bacca distribuye la prórroga de vida, entre naciones de las cuales tomó su esencia y organizó el conocimiento para enseñar a pensar. Hace unos días llegó a Caracas, se residió en casa de un viejo amigo suyo, que también vive prórroga: Antonio Moles Caubet, con quien se disputa el tiempo, al vencer la tarde la claridad del sol, sustituido por una bombillas encandilantes y bondadosas, al otorgar prórroga con su luz para tomar té, conversar y pensar en tiempo estrecho.

—Yo vivo la prórroga de mi existencia. Dime Antonio ¿cuántos años de prórroga has pedido para ti? No te rías, dime... ¿Cuántos años me da usted, que me entrevista ahora? Oigan este chiste, perdóname Antonio que lo repita, pero quiero que lo recuerdes... ¿Dos o veinte?, ¿sabe usted que la sociedad vive de prórrogas? Sin la prórroga el comercio no funcionaría. Los bancos no podrían ganar dinero, y los hombres no comprarían nada. El hombre, cuando pide un préstamo, le dice a su prestamista: «dame una prórroga para pagarte después». Tiene que dársela, porque la prórroga es la que da mayores ganancias. Venezuela debe millones y pide prórroga, y si no se la dan simplemente no paga. Y junto con Venezuela muchos otros países están pidiendo prórroga a la banca internacional, si no da prórroga la banca es la que pierde... ¿Comprende ahora por qué la prórroga es tan importante? Ella hace que vivamos más tiempo. Y estoy pidiendo a mi existencia una prórroga hace más de 15 años. Cada dos años, pido dos más para pensar. Pago con lo que pienso, pero vuelvo a endeudarme, y nunca termino. Será hasta que no me den más prórroga. ¿Cree usted que me darán dos años más?... Dime Antonio ¿tú que piensas? No te rías con los brazos cruzados...

—Veinte años más de prórroga— fue la decisión. Aplausos.

—¿Por qué la corrupción se ha enseñoreado, institucionalizado, lo ha pensado alguna vez como parte de nuestro comportamiento?

—Es parte de un comportamiento. Pero todo lo que está pasando en el mundo y en Venezuela lo tomo como si fuese una tempestad. Y frente a tempestades yo no peleo ni discuto. Me meto en casa a hacer lo que puedo.

—¿No es una manera cómoda, alejada de la confrontación necesaria?

—Hay muchas maneras de intervenir. Cuando todo el mundo está revuelto, es mejor hacerse un examen de conciencia, lo que yo llamo *responsabilidad limitada*. Uno debe saber, cuando el mundo anda muy complejo, cuál es su obligación y cómo puede llevarla a cabo. Si después de semejante examen de conciencia, notas que sólo puedes hacer una cosa muy pequeña, sobre eso responde personalmente, pero no de lo demás, porque lo demás se acepta con igual neutralidad y paciencia, como usted acepta el mal tiempo político o el mal tiempo social, o el mal tiempo económico, o el mal...

—En cualquiera de sus formas ¿no es peligroso aislarse?

—Yo simplemente he hecho examen de conciencia de lo que puedo hacer política, social, económica, filosóficamente, etc. Y veo que lo que puedo hacer yo, definitivamente, además de hablar tonterías o vulgaridades, es, simplemente, hacer una cosa para que la gente se dedique a pensar. Hacer que la gente piense, todo lo demás no puedo manejarlo ni hacer absolutamente nada.

—¿De qué manera debería estar orientada esa forma de pensar, sobre qué bases...?

—Es necesario pensar no sobre lo que se dice, sino sobre las cosas: la economía, la política, los problemas sociales, la universidad, el partido... Es pensar de manera personal, sin descargar responsabilidades en partidos, en gente ni en nadie. Porque generalmente la gente es *comodona*, cree lo que se dice ha de creer, obedece a lo que les han mandado, o no obedecen, porque la obediencia es lo más cómodo que hay, al permitir descargar la responsabilidad en otros. Por eso, lo que

hago ahora en todo lo que escribo es enseñar a pensar, y no enseño a la gente ninguna clase de dogmas. Por eso mi responsabilidad es bien limitada, a una cosa también bien limitada. En lo demás: política, economía, etc., eso, que, cada uno lo piense en particular.

—¿Qué piensa usted sobre la humanidad que ha perdido el amor por todas las cosas que no sean de satisfacción inmediata para el enriquecimiento?

—Es la pereza, es una forma de ser cómodo. Los discursos públicos, discursos privados, son *comodonería*, en general para la gente, al preferir a un señor para que les diga en lo que tienen que creer, en política, en economía, en todo.

—¿De qué manera piensa usted podría ese comportamiento tener un cambio menos negativo al que se le ha conducido?

—Hacerse un examen de conciencia y establecer la responsabilidad limitada. Hoy día, el político quiere meterse en todo; por ejemplo, el economista en todo, los abogados en todo, los médicos en todo, ésa es la realidad. Frente a eso, con un examen de conciencia, cada quien definirá lo que puede hacer. Debe ser un examen de conciencia individual.

—¿Qué otra cosa ha podido usted determinar después de 50 años de estar trabajando con el entendimiento?

—Lo único que puedo hacer yo, ahora que estoy jubilado, es escribir de manera que incite a la gente a pensar. Nada más. Ésa es mi responsabilidad limitada. Lo demás: de política, economía, etc., no me entero yo ni me meto directamente.

—¿Puede hacerse algo por la humanidad si nos aislamos exclusivamente a meditar, a pensar, en forma individual, absoluta, sin contacto con un conjunto de realidades que golpean muy duro...?

—No, uno puede aislarse del todo, porque dependemos de todo el mundo. Pero uno se aísla dando el buen ejemplo de cumplir con su obligación que es público ¿sabe usted lo que es un buen ejemplo? El buen ejemplo es cumplir con la obligación de no meterse en todo, que es un acto de vanidad universal. De manera que no se aisle, sino al revés, y se hace público sin ser político, económico ni vanidoso, sino en su responsabilidad limitada.

—¿Pensar en los malestares de la sociedad qué provoca en usted?

—No estoy jubilado de todo eso.

—¿Y el sentimiento?

—Lo siento, claro que lo siento. Pero una cosa es que yo sienta calor, otra es que yo me enfade contra el calor.

—¿Qué sucede si se enfada?

—No, noo... A mi edad la paciencia es una gran virtud. Y no enterarse de muchísimas cosas es otra cualidad muy buena.

—¿Será timidez de su parte?

—No, noo. Es mucho más difícil asumir mi posición. En cambio, hablar en público, estar gritando, es más fácil, eso lo hacen los cómodos. Escribir es más difícil, sobre todo para hacer pensar a la gente. Lo otro: gritar y decir vulgaridades, lo hacen los cómodos, ya lo dije.

—Cuando usted piensa y escribe para hacer pensar ¿de dónde toma las referencias de sus argumentos, temas, etc... para construir sus teorías?

—Claro que me fijo en la realidad cotidiana, pero eso lo tomo como el tiempo que está haciendo. Si hace mal tiempo político, económico, etc... yo lo anoto y lo manejo como los demás. Si ba'a el olivar me baja a mí el sueldo, pero una cosa es anotararlo y otra proponerme a corregir algo que no sé hacer, sobre eso yo no tengo responsabilidad alguna. ¿Qué puedo hacer yo, si nos ha disminuido el sueldo a una tercera parte? Sencillamente aguantarlo y acomodarme a eso... Usted dirá que es una especie de aislarse de este mundo muy rara...

—¿Tiene que ver con la impotencia del ser humano?

—Claro que yo soy impotente respecto de los gringos que se meten en Granada y yo no puedo hacer nada, soy impotente respecto de los rusos que se meten en otras partes, soy impotente respecto de las empresas que cada día roban por todas partes, soy impotente frente a tanto político embustero, soy impotente frente a todo eso, pero soy impotente con un matiz especial: que no me siento obligado en conciencia a intervenir activamente para corregir eso, sino muy indirectamente, dando buen ejemplo.

—¿Cuando usted piensa, quién lo oye?

—¡Por eso escribo...! He traducido las *Obras completas* de Platón...

—¿*Debemos continuar con las mismas referencias universales, sin abordar alguna de nuestro propio origen, realidad...?*

—Allí está la estupidez. Su pensamiento depende justamente del origen que está en Platón: es el manantial. Todas las ideas que usted está empleando ahora, provienen de Platón sin reconocérselo. Allí está lo grave, al pensar que Platón es una cosa pasada de moda. Está tan presente que tanto en política, economía, están pensando con ideas platónicas y no caen en cuenta.

—¿*Qué opina del premio otorgado a usted por los profesores de la Universidad Simón Bolívar?*

—A mí me encanta que me den premios, y si son metálicos mejor, ahora que devaluaron el bolívar. ¿Se da cuenta que no estoy alejado de la realidad?

Kalinina Ortega
21 de noviembre de 1983
El Nacional